

ACTO ALEJANDRO

Saludo al Alcalde, Certero, vecindario, amigos y amigas =

(1)

Como un buen anfitrión, Alejandro García Galán, vecino de la muy leal villa de Peñalsordo, nos ha convocado a sus paisanos y amigos, a su Casa Grande, Casa Mayor, Casa de la Cultura, donde están sus anaqueles y, sobre todo, los libros, ese misterio de redondas y cursivas, páginas y encuadernaciones de esos autores de nombre y renombre, que conviven juntos, unos idos; otros vivos, pero – qué hermoso – nos hablan, callada, monacalmente, en este claustro cerrado, de trívium y cuadrivium, pero nos hablan y, sobre todo, nos invitan a ser más rico de pensamiento, más nosotros, como si con Paul Eluard descubriéramos que hay otros mundos, pero que están en este. Cuánta fantasía y reposo tras la lectura en esta Casa, qué amigos, buenos amigos, nos lo dan todo nada ^{abrir} sus páginas. No recuerdo quien decía que ha preferido estudiar más a los libros que a los hombres. Pero cada hombre tiene su libro. Hombre y libro son, ~~en mucha medida~~ ^{en mucha medida} una simbiosis. A mí me gusta acariciarlos y hasta besar ese papel verjurado o no, por pobre que sea.

Alejandro, pues, tiene la Casa – ^{entrañable, un} con mayúsculas – más hermosa de esta ilustre villa. Las palabras hablan, nos ^{orientan}, escuchamos su silencio y hasta, como diría San Agustín “cuando oramos, hablamos con Dios, más cuando leemos, es Dios quien habla con nosotros”.

He aquí, pues, Alejandro, tu hogar, silente y, sin embargo, ardiente, como si encendieras las jaras del niño que fuiste en el Peralejo, “tu patria de la infancia”, que diría nuestro amigo Rilke. Aquí, la gente de este noble pueblo ^{que dicen o se supone, buscabas por el aire el aliento de Rebolledo} tiene un hogar de familia numerosa con quien compartir buenos ratos: desde Cervantes hasta Juan Ramón Jiménez. ¡Y qué buenos, por ejemplo, con El Quijote! Buenos seranos con su lectura, que nos llenan de fantasía, más allá de la emitida por la caja mágica de la televisión.

Querido Alejandro, con justicia, el regidor de Peñalsordo y sus concejales te han coronado como, en su día, con laurel, se coronó a Quintana. Ya sabemos dónde tenemos tu casa. Nadie, nadie, nadie – ni el más rico del lugar – posee un espacio tan hermoso, donde figura, con grandes caracteres, nada menos que tu nombre. Tú, ~~sin embargo~~, dispones ^{de} del remozado palacio de Osuna, que son tantos hijos, tantos silencios, también tantos alientos; y todo esto está aquí, en los libros. Parece que Francis Bacon me está diciendo: “Los libros son el santuario donde está, o se cree que está un santo”. Lo que sí está, sin duda, es la vida condensada, abierta, pregonada ^{sin algüaciles}, la voz callada de las palabras, los sentimientos. Y todo ese mundo que nos hace más humanos,

Tan
gozoso
con poemas
de

una
lectura
con

la lectura del

ya

de m

más sensibles, más abiertos, más comprensivos, más dadivosos, porque lo dan todo a cambio de nada. Que se lo pregunten al quijote de Cañaverall, Rafael García –Plata y sus ocho mil ejemplares, como un ejército de paz y sosiego, riqueza y sabiduría,

Alejandro: he aquí, pues, tu jardín, las rosas de Juan Ramón, los jazmines de Pavese, los trigos machadianos, la encina y la jara casteltoniana, el olivo plantado en un soneto, el ciprés de Homero – el árbol que nos acompañará siempre – el único -, tras la muerte.

Vamos, Alejandro, que te has convertido en un terrateniente - ¡en estos tiempos, vive Dios! – Y, ahora, ese concepto tan ambiguo de la cultura, como si Gutemberg te premiara, una parte muy sustanciosa de la misma, está aquí, expresada en los libros, en tu casa Mayor, Casa Grande, donde te espera el libro electrónico, para que seas, como diría San Pablo, “un hombre de nuestro tiempo”.

Quién te ^{-lo} iba a decir a ti, niño del Peralejo, niño de la España de posguerra y del hambre, bucólico y pastoril, de cábila y choza en ese predio, que, un día, en este de gracia, 10 de octubre de 2009, festividad de Santo Tomás de Villanueva, que “poseerías” – lo digo entre comillas -, esta casa singular, morada de palabras que nos hablan, que brotan del hontanar hermoso de la creación humana. ¡Quién te lo diría! Ahora, querido Alejandro, en tus manos tienes, nada más y nada menos que parte de la Galaxia Gutemberg. ¡Qué grandeza!

Te lo dice tu hermano, que obedece por el nombre de Juan Antonio y los apellidos de Pérez Mateos, aquí, en tu pueblo. LAUS DEO.



Juan Antonio Pérez Mateos